EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

15 de Noviembre de 2026 N° 48



Las 7 Etapas de Laodicea

(p.2)

"La MUERTE Divino-Humana de Jesucristo"

(p.16)

Las 7 Etapas de Laodicea

Breve historia del Movimiento Adventista

Por: John García

El tema de hoy se titula: Las siete etapas de Laodicea. Queremos terminar de cerrar la idea acerca de Laodicea: su cumplimiento en toda la historia hasta el presente, donde estamos nosotros hoy.

Comenzamos con Apocalipsis 3:14: «Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea». Ya sabemos que se refiere a Jesucristo, que da esta orden a Juan. El ángel son los ministros, los líderes. Y la iglesia en Laodicea, como ya habíamos estudiado, comienza por el nombre: laos, pueblo, y dike, juicio: el pueblo del juicio. Comienza desde 1844 hasta el fin del juicio.

Las etapas siguen el mismo orden cronológico de la Biblia.

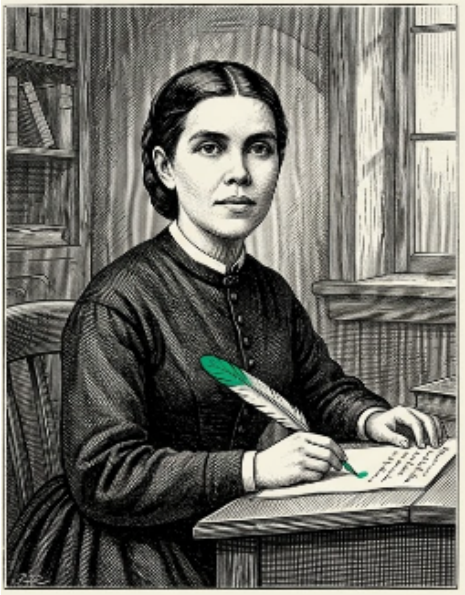
0) La revelación - (1844-1850)

Antes de las etapas numeradas está, en el versículo 14, el momento en que Jesús se revela: «He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios» (Apocalipsis 3:14). Cuando Jesús dice que él es el Amén, está enviando la verdad, la verdad profética. Cuando se presenta como el principio de la creación, se está presentando como el Creador. Y esa verdad tiene que ver con el sábado, porque el sábado señala a Jesús como el Creador.

En 1846 comienza a llegar el mensaje del sábado al pueblo adventista, principalmente a José Bates, a Jaime White y a Elena G. de White. Después se hace una conferencia en 1848 a todos los adventistas, y comienza el mensaje del sábado y del sellamiento. Allí, en 1848, el pueblo adventista comienza a conocer a Jesús como el Creador, como el principio de la creación.

Desde este momento comienza a haber una separación. Todo el pueblo adventista al que se refiere en 1844, 1846 y 1848 son los que habían recibido el mensaje del primer ángel y del segundo ángel, de las 2.300 tardes y mañanas, y que vieron que Jesús no vino, y comenzaron a ver qué estaba pasando. Descubren el santuario y luego la vigencia del sábado. De todo ese grupo que salió de las iglesias protestantes a la expectativa de la segunda venida, y que fueron chasqueados, no todos abrazaron el sábado. Hubo un sector que no aceptó ni el santuario en el cielo ni el sábado, y a ese grupo los pioneros, incluyendo a Elena G. de White, le colocaron el nombre de adventistas nominales, o adventistas del primer día. Los que no aceptan el mensaje del sábado ni del santuario se quedan como adventistas nominales en esta etapa de la revelación.

En ese mismo tiempo, los protestantes, que hasta ese momento eran iglesia del Señor, apostatan y se convierten, según la profecía, en hijas de Babilonia: «Ha caído, ha caído Babilonia, aquella grande ciudad, porque ella ha dado a beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación» (Apocalipsis 14:8). Y ya tenemos a la Iglesia católica, que todavía está sintiendo los efectos de la herida mortal y de las revoluciones en Europa que están quitando poderes al papado. Estamos hablando de 1844 a 1850: la etapa de la revelación, correspondiente al versículo 14.



1) El diagnóstico (1852-1883)

El versículo siguiente nos habla de la etapa número uno, que yo he llamado etapa de diagnóstico, porque Jesús es el que hace el diagnóstico: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío, o caliente!» (Apocalipsis 3:15). Esta etapa va desde 1856, cuando por primera vez se tiene registro de que el espíritu de profecía —Elena G. de White, por medio de las visiones— revela que esa condición se refiere al pueblo adventista del séptimo día. Está en una condición tibia, porque el pueblo adventista de 1856 tiene la verdad, pero le falta experimentar la fe de Jesús.

Mientras tanto, los adventistas nominales están reinterpretando Daniel 8:14 y buscando otras interpretaciones, y los protestantes están profundizando su apostasía y siendo cautivos de la alta crítica. El pueblo adventista se está enfriando. También Babilonia madre, la Iglesia católica, avanza en sus intereses: en 1854 se proclama el dogma de la Inmaculada Concepción; en 1864, la encíclica Quanta cura, donde se oponen a la libertad religiosa; y en 1870, el dogma de la infalibilidad papal.

Así recorre la historia, tanto en el pueblo de Dios, que sería Laodicea, como en el pueblo profano: los adventistas nominales, el protestantismo apóstata y la Iglesia católica. Vamos corriendo juntos en el tiempo, cada quien según su condición. Laodicea, el pueblo tibio. Los adventistas nominales, volviendo atrás. El protestantismo, apostatando más. El catolicismo, cimentando más su pretensión de infalibilidad, de dominio religioso y de dogmas antibíblicos. Esta etapa, la número uno, va de 1856 a 1886.

2) El autodiagnóstico (1888)

La segunda etapa es la de autodiagnóstico, en el versículo 17. Mientras Jesús le dice «eres tibio», ¿qué dice ella de sí misma, la iglesia? «Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Apocalipsis 3:17, RV1960). Mientras Jesús dice que la iglesia está tibia, la iglesia se ve a sí misma como próspera.

¿Qué estaba ocurriendo con el pueblo adventista cerca de 1887 y 1888 que le hacía decir: «¿Cómo es que yo estoy tibio, si mira cómo estamos?»? Había un crecimiento numérico excepcional. En 1852 tenían 2.000 miembros dispersos, nada más, y en 1888 tienen 27.000. Un crecimiento exponencial. Uno humanamente interpreta que, como iglesia, estamos bien porque estamos creciendo. Segundo, para esa década la iglesia ya tenía muchas instituciones: sanatorios, colegios y casas publicadoras. No solo crecía en número; crecía en instituciones.



Y en 1874 se envía el primer misionero fuera de Estados Unidos, donde nació la iglesia, a Europa: J. N. Andrews. Para 1890 ya había centenares de misioneros adventistas en el extranjero. En las décadas de 1860, 1870 y 1880 la iglesia creció numéricamente, institucionalmente y se expandió geográficamente.

Ese crecimiento confunde y hace que la iglesia piense: «Estamos bien; yo soy rico, me he enriquecido, no tengo necesidad de ninguna cosa». Sin embargo, la realidad es que el Amén había dicho lo que había dicho.

Tengo dos citas, justamente para esta época, de lo que el Señor plantea de la condición del pueblo adventista. Manuscrito 10, 1890: «Dejad que la ley se cuide a sí misma. Hemos estado trabajando en la ley hasta quedar secos como las colinas de Gilboa, sin rocío ni lluvia». De tanto predicar la ley, ¿cómo estaba el pueblo? Seco, como los montes de Gilboa. Están creciendo, sí, pero el crecimiento es numérico, institucional y geográfico, no espiritual.

La otra cita dice: «El mensaje del tercer ángel es la proclamación de los mandamientos de Dios y la fe de Jesucristo. Los mandamientos de Dios han sido proclamados, pero la fe de Jesucristo no ha sido proclamada por

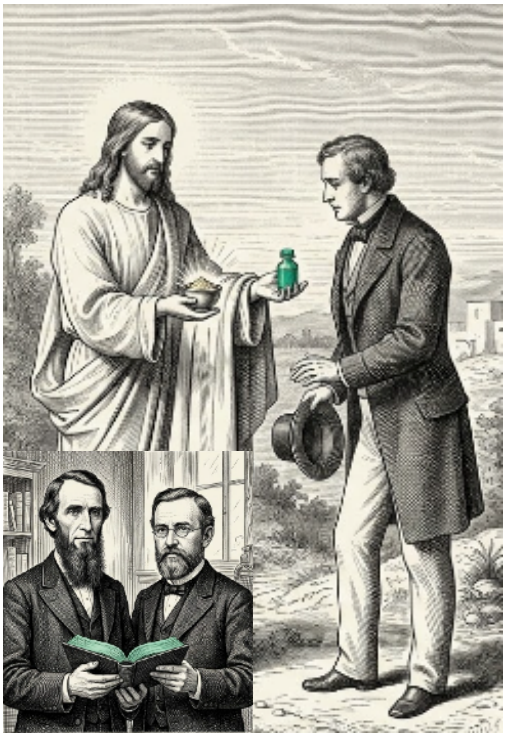
los adventistas del séptimo día como de igual importancia, yendo de la mano la ley y el evangelio» (Manuscrito 24, 1888).

Humanamente la iglesia se ve rica y enriquecida. Pero Jesús le dice: no estás creciendo espiritualmente. Eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. No tienes la fe de Jesús.

3) La oferta de solución. (1888 -1897)

Entonces Jesucristo, en el versículo 18, presenta la solución y lleva a la iglesia a otra etapa: la que va desde 1888 hasta 1897, que yo he llamado la etapa de la oferta de solución. «Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas» (Apocalipsis 3:18). Ya habíamos estudiado que el oro es la fe de Jesús, que la vestidura es la justicia de Jesús y que el colirio es el Espíritu de Jesús, y que está contenido en el mensaje de 1888 que predicaron Waggoner y Jones. Lo único necesario era comprar: y para comprar, como estudiamos la semana pasada, era venderlo todo; renunciar a tu propia riqueza, a tu propio vestido, a tu propio ojo ciego.

¿Cómo lo vemos en la historia? En una carta que escribió Elena G. de White a Urías Smith el 19 de septiembre de 1892 dijo: «El mensaje que nos fue dado por A. T. Jones y E. J. Waggoner es el mensaje de Dios a la iglesia de Laodicea». La Biblia nos



dice lo que necesitamos —el oro, la vestidura, el colirio—, y la profeta dice que todo eso lo encontramos en el mensaje que Dios envió a través de Waggoner y Jones. Ese es el mensaje para la iglesia de Laodicea, y la única forma de salir de Laodicea es aceptándolo.

Ese mensaje no solo se predicó en 1888. Se predicó de nuevo en 1893, cuando en Battle Creek A. T. Jones predicó 24 sermones sobre el tercer ángel —la conferencia del tercer ángel, que hasta ha sacado un libro—. Luego, en 1895, Jones dio 26 temas sobre la encarnación, y W. W. Prescott predicó la encarnación de Cristo en Australia. Y en 1897, en Nebraska, Waggoner presentó 18 lecciones de Hebreos y Jones dio 11 estudios,

cerrando esta etapa de máximo vigor doctrinal en conjunto. En todas estas conferencias se enfatizó, desde diversos ángulos, el mensaje de Cristo y su justicia: la fe, la justicia y el Espíritu de Jesús, el oro, la vestidura y el colirio. De 1888 a 1897, Jesús, por medio de sus mensajeros, está ofreciendo la solución a la iglesia.

¿Y qué estaba pasando, en el mismo período, entre el protestantismo, el catolicismo y el mundo? En 1888, justo en el Congreso de Minneapolis, paralelo, el mismo año, el senador Henry Blair propuso una ley nacional para el descanso dominical, apoyada por protestantes dominicales —que llamaban al domingo «el sábado cristiano»— y por el cardenal católico James Gibbons. La iglesia se opuso, y esa ley se cayó. Pero en 1892 y 1893 el Congreso hizo otra ley federal: vinculó los fondos de la exposición de Chicago —una feria que celebraba los 500 años del descubrimiento de América por Colón— a la condición de cerrar el domingo. El Estado estaba haciendo uso de su poder político y económico para obligar el cierre dominical, solamente por una motivación religiosa, en apoyo del protestantismo apóstata.

¿Y qué estaba haciendo el catolicismo? En ese mismo país, el cardenal Gibbons hizo en 1893 un desafío a los protestantes a justificar bíblicamente el domingo, afirmando que el domingo descansaba únicamente sobre la autoridad católica. Y nadie pudo responderle. Por su parte, en Europa, el papa León XIII —el que tenía el mismo nombre que el actual, pero el anterior— publicó en 1891 la encíclica Rerum Novarum, que presentaba el descanso dominical como un derecho del trabajador a descansar y cumplir sus deberes religiosos, y como una obligación que el Estado y los empleadores deben proteger.

Dios llamando a su pueblo a que acepte el mensaje y la solución de Laodicea, y las iglesias caídas luchando para poner el domingo como una ley nacional. Esas leyes, al final, no prosperaron.

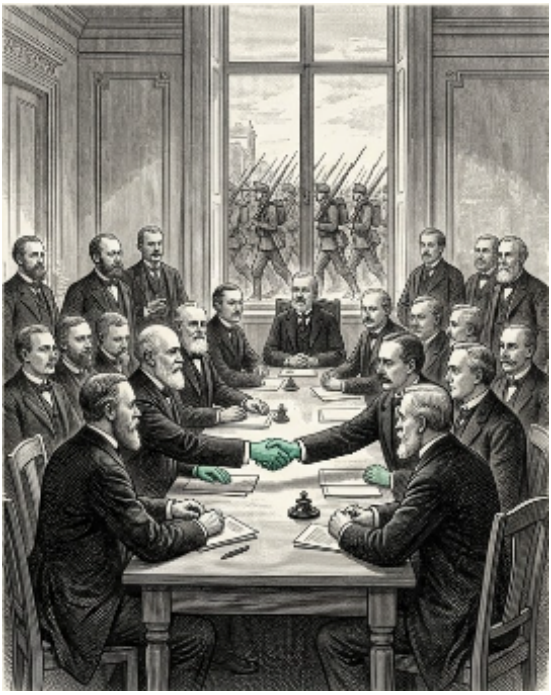


4) El llamado al arrepentimiento (1901-1915)

Pasamos a la cuarta etapa: el llamado al arrepentimiento, en el versículo 19: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo: sé pues celoso, y arrepiéntete» (Apocalipsis 3:19). Es un llamado que

hace Dios a su pueblo para que se arrepienta. Y esto se encarna en ese período de quince años que va de 1901 a 1915.

En 1901 la iglesia se había convertido, sutilmente o abiertamente, de una organización como Dios manda en la Biblia a una organización más monárquica, donde los líderes de la asociación se creían reyes y actuaban como reyes. La frase que usa Elena G. de White es kingly power, poder real: se manifestaba un poder real entre los dirigentes de la asociación.



Entonces Dios llama a su pueblo a que se arrepienta, a que se reorganice. Y hubo una respuesta en parte, porque no hubo una reforma completa y total. Se hicieron asociaciones y uniones, pero no se usó una reforma completa. De allí vemos que permanece hasta el día de hoy una reminiscencia de eso. Lo que yo entiendo de ese llamado es que la iglesia, ya expandida geográficamente, ya no era sano mantener a un solo hombre como presidente de la Asociación General: tenía que dividirse por lo menos en dos o tres asociaciones generales, y en cada una haber un presidente. No debía haber un presidente de Asociación General de este estado. Y eso no fue escuchado. Se reformó, se hicieron uniones y asociaciones, pero se mantuvo un solo presidente hasta el sol de hoy. Por eso, de todas las iglesias organizadas, la que más se parece a la Iglesia católica, que tiene un solo hombre al frente, es la Iglesia adventista. Porque las otras iglesias protestantes, aunque apóstatas, no están unificadas bajo un solo hombre: tienen varios grupos y varios líderes, y al final no tienen, como el papa, un solo líder. La Iglesia adventista actual, la corporativa, no aceptó este llamado; se mantuvo con un solo hombre.

¿Y qué más vino a continuación en esta etapa? Otra apostasía. En 1903 vino la apostasía alfa, con las ideas de Kellogg, que presentaron un panteísmo. Como este mensaje de reprensión no fue aceptado completamente, porque algunos se fueron de parte de Kellogg, Dios tuvo que hacer uso —y lo dice el espíritu de profecía, y ocurrió en la realidad— de que fueran quemados el sanatorio y la casa publicadora. El 18 de febrero de 1902 se incendió el

sanatorio, que había rechazado la reforma de dividirse: la idea era que no se hiciera un sanatorio gigantesco, sino diversos sanatorios pequeños, pero Kellogg no estaba de acuerdo; quería tener también centralizada la obra médica. Y el 30 de diciembre de 1902 se incendió la Review and Herald, la casa publicadora, porque estaba por imprimir el libro El templo viviente, de Kellogg. Como se quemó, Kellogg lo sacó más tarde, en 1903, en otra editorial. Está registrado en la historia. Los bomberos de la época intentaron poner en ejecución sus equipos para apagar el fuego, y no fue suficiente: se quemó hasta su cimiento. Elena G. de White dijo que fue Dios directamente quien mandó a hacer eso.

Esta es la etapa en la que se cumple «yo reprendo y castigo»: Jesús está castigando a la iglesia de Laodicea, que no se está arrepintiendo ni escuchando el llamado a comprar lo que necesita y a reformarse. En esta misma etapa surge el movimiento pentecostal en el ámbito protestante, en 1901 y 1906; surge el ecumenismo en Edimburgo, en 1910; y viene la Primera Guerra Mundial, en 1914. Todas estas conmociones están en el mundo mientras Dios está castigando y reprendiendo a su pueblo adventista, que ama, a ver si así se arrepiente.

5) El llamado a la puerta (1915 - presente)

Entramos ahora en la etapa en la que todavía estamos hasta el sol de hoy: la quinta etapa, el llamado a la puerta. Es el versículo 20, que fue la lectura bíblica: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3:20). Esta etapa va desde 1915 hasta el día de hoy. En ella, debido a la apostasía, se va haciendo más manifiesta la separación del adventismo en dos grupos: los que mantienen el mensaje original y están tratando de aceptar el mensaje de 1888, y otro grupo que viene a engrosar las filas del adventismo nominal. ¿Qué significa nominal? Que se llaman adventistas nada más de nombre, pero en la esencia no lo son.



La cronología de la apostasía

Esta parte me gusta mucho. Cuando la estuve repasando, yo conocía bastante la cronología de la apostasía, pero en mi mente había una laguna histórica: ¿quién sostuvo la verdad de los pioneros desde esa época hasta hoy? Pareciera que de repente todo el mundo cayó en apostasía —alfa y omega— y que nadie siguió, hasta que hace poco surgió de nuevo y se restauró. Pues me llevé una tremenda y grata sorpresa al encontrar registros

históricos, de la misma iglesia, de fieles que estuvieron sosteniendo el adventismo original hasta nuestros días. Eso es lo que quiero compartir. Primero, recordemos la cronología de la apostasía.

A la cabeza de los que engrosan las filas del adventismo nominal tenemos a Leroy Froom, desde 1928, que escribe su libro La venida del Consolador, donde plantea otro Dios, diferente al Dios de los pioneros y de la Biblia. Él estuvo presente e influyendo con su apostasía —porque era el secretario de la Asociación Ministerial (1926-1950)— hasta 1974, cuando muere. Con él se van uniendo F. M. Wilcox y F. D. Nichol, que ponen la Trinidad como doctrina oficial en 1931, y la incorporan luego en un manual que hacen en 1932.

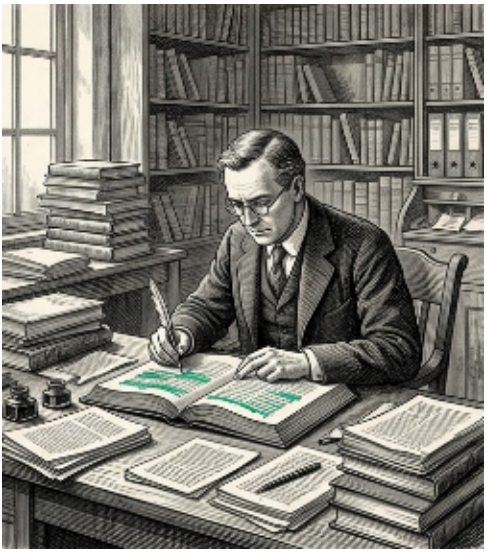
En 1936 se publica el primer folleto de Escuela Sabática defendiendo la Trinidad. Y, triste parte de la historia, en 1939 W. W. Prescott, que antes había predicado el mensaje y se había unido al mensaje de Waggoner y Jones, predica la Trinidad en Takoma Park, una iglesia influyente adventista.

En 1944 se hace una reedición del libro de Urías Smith, Daniel y Apocalipsis, quitándole todas las partes que tienen que ver con la Trinidad, o donde él condena la Trinidad. En 1946 se publica la compilación del libro El evangelismo, la sección que tiene que ver con la Trinidad. Y en 1949 un pastor llamado D. E. Rebok elimina declaraciones no trinitarias y de carne de pecado del libro Hermosas enseñanzas de la Biblia.

Sigamos avanzando. En 1957 se publica el libro Questions on Doctrine, donde también se plantea la Trinidad y, además, que Jesús tiene carne santa. Es un libro hecho para alinearse con el mundo protestante evangélico. Y en 1980 se votan mundialmente las nuevas creencias, con un nuevo Dios y la nueva fe de Jesús.

Toda la historia que hemos visto son cambios que han hecho los líderes sin consultar con el pueblo: es la apostasía del liderazgo. Pero en 1980 toda esa apostasía se resume en 27 creencias nuevas, diferentes a las originales, y se hace un voto mundial: un congreso en Estados Unidos, con delegados de todo el mundo, y todos votan por estas nuevas creencias. Aquí ya es un hito diferente. A partir de aquí podemos decir que han caído completamente en la apostasía.

¿Cómo lo fundamentamos con la Biblia? Se compara al momento en que Pilato les pregunta a los judíos, y



les pone allí a Barrabás, que era un falso cristo, y a Jesucristo. Hay dos cristos: el Cristo Jesús y el cristo Barrabás. Les pregunta al pueblo —están los fariseos, los saduceos, los líderes, y una porción del pueblo—: ¿a quién eligen? Y ellos dijeron: «A Barrabás» (Mateo 27:21). Pilato no quería crucificar a Cristo, porque ya se había dado cuenta de que él era un santo; pero, preso de la política, quería complacer al pueblo. «Pilato les dijo: ¿Qué pues haré de Jesús que se dice el Cristo? Dícenle todos: Sea crucificado» (Mateo 27:22). Y vuelve a preguntar: «¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos rey sino a César» (Juan 19:15). Instigados por Caifás y los fariseos, toman una decisión pública y abierta: primero, escoger un falso mesías; y segundo, ponerse bajo la tutela del rey César, del rey romano.

Ahí hubo un quiebre. El testimonio, hablando de ese momento de Caifás y de Pilato, dice que esa decisión quedó anotada en el libro, y que será retribuida en el juicio. A esa decisión se refiere Pedro cuando les dice a los que están reunidos que ustedes, junto con su gobernante, crucificaron al que Dios ha hecho Señor y Cristo. Votaron por un falso mesías y por colocarse bajo el César de Roma. Eso es exactamente lo mismo que pasa en 1980.

Porque están los dos cristos: el Cristo de 1888, el Cristo de la Biblia, y el cristo que fueron modelando, como si fuese un ídolo, desde 1928 hasta 1980, incluyendo 1955, la reunión con los evangélicos. Fueron formando un falso mesías: un cristo que no es Hijo de Dios literalmente, y un cristo que no es hijo de nosotros, un hijo humano, que no tiene carne de pecado. Lo hicieron a semejanza del cristo evangélico y del cristo católico. Cuando los delegados del pueblo de Dios a nivel mundial votan por esta nueva creencia, están votando a favor de ese nuevo dios y ese nuevo cristo. Están haciendo exactamente lo mismo que pasó en Jerusalén con Jesucristo.

Sabemos que esa fue la decisión final que selló el fin del sistema judío, el fin del liderazgo. Ese mismo día, más adelante, el velo del templo se rasgó en dos. Quedó sellado el desecho, no de los judíos como pueblo —porque los judíos todavía tenían tres años y medio más, según la profecía—, pero sí el desecho de la organización y de la estructura judía.



Trasladando esa historia a nuestra experiencia como pueblo adventista, en 1980 queda sellado el rechazo de la estructura de la nueva organización adventista apóstata; no del pueblo adventista, porque todavía Dios está llamando al pueblo a que vuelva a las sendas antiguas. Por eso me detuve bastante en 1980: es un punto crítico en nuestra historia a la luz de las profecías.



De allí en adelante, la organización adventista va avanzando en la apostasía. Cuando se logra ese voto mundial, todo adventista o grupo que no se sujete a esa creencia es desfraternizado. En las décadas de 1980 y 1990 vemos una desfraternización, o excomunión, de diversos grupos y adventistas que no se alinean con esta doctrina.

El remanente que sostuvo la fe original

Ahora sí, lo que les decía: ¿hubo, mientras esto ocurría, un remanente adventista? Vamos con la cronología rápida. ¿Acaso Froom, cuando comenzó a introducir la Trinidad, lo hizo sin oposición? No. Sí hubo quienes se le opusieron.

El pastor J. S. Washburn se opuso a la apostasía de Prescott en 1922; a la Trinidad en 1931, en 1939 y en 1940. Escribió artículos y libros en esas fechas, denunciando a Leroy Froom como el hombre más peligroso de la denominación, y a la Trinidad como una doctrina totalmente extraña al mensaje adventista. Anoten el nombre: J. S. Washburn. Inclusive se opuso también al libro en 1955. Siempre se nos habla, o la historia que hemos escuchado es solamente, de M. L. Andreasen; pero el mismo Washburn se volvió a oponer también a ese libro.

En una carta del 30 de abril de 1935, dirigida al pastor H. W. Carr, a W. C. White, hijo de Elena G. de White, se le pide que diga lo que él entiende que era la posición de su madre con respecto a la personalidad del Espíritu Santo. Él responde: «Esto no lo puedo hacer, porque nunca entendí con claridad sus enseñanzas sobre el asunto». Y añade que las declaraciones y los argumentos de algunos ministros, «en su esfuerzo por probar que el Espíritu Santo era un individuo como lo son Dios, el Padre, y Cristo, el Hijo eterno, me han dejado perplejo y a veces me han entristecido» (carta de W. C. White a H. W. Carr, 30 de abril de 1935). Quedó escrito su testimonio, que obviamente no fue escuchado, porque

la mayoría siguió el planteamiento de Froom.

¿Quién otro se opuso a Froom y a su cambio? Un pastor llamado H. W. Carr —Carr, con doble r—, que se opuso en 1931, y también escribió en su carta, y en 1935. Y otro más, que creo que algunos han escuchado: el pastor B. G. Wilkinson. Escribió un libro, La verdad triunfante. En 1936 se opuso; con ese libro, en 1944; y hasta 1968 estuvo manteniendo su luz y su oposición a la Trinidad, hasta el día de su muerte, que fue en 1968.

Tenemos allí una continuidad de personas que estuvieron defendiendo, pero obviamente no se conoce mucho, porque no conviene a la historia. Repasamos: J. S. Washburn, W. C. White, H. W. Carr, B. G. Wilkinson, y el último, que no había mencionado, es Charles Longacre, que estuvo entre 1947 y 1958 también escribiendo en contra de la Trinidad. Todos, pastores adventistas de Estados Unidos. Dios no se quedó sin testigos de su verdad presente mientras estaba ocurriendo esto.

Otro que se opuso no solamente al tema de la carne santa de Jesús que estaban proponiendo en Questions on Doctrine, sino a la Trinidad, fue el pastor O. H. Christensen, en 1960. Tenemos testigos en los años 30, 40, 50 y 60. Entre los años 60 y los 90 no conseguí información —por lo menos en lo que se consigue en línea; seguramente habrá—, sino hasta uno llamado Fred Allaback, quien en 1995 tomó el testigo del adventismo original.

Él publicó un folleto que yo tuve la virtud de recibir por manos de otros hermanos, que se llamaba No New Leaders, No New Gods. En la portada decía ese nombre, y aparecía una mujer tomando el juramento como pastora, con una señal de prohibido; y aparecía luego el símbolo de la Trinidad, también con prohibido. Era una compilación de citas bíblicas, del espíritu de profecía y de los pioneros. En 1995, en el congreso que se hizo en Utrecht, Holanda, él repartió este material, de forma gratuita, a todos los delegados.

El que me llegó a mí fue de unos hermanos que habían ido de delegados allá. Cuando yo fui a predicar este mensaje en Curazao, en las Antillas Holandesas, en 2004, estos hermanos me dicen: «Lo que tú estás hablando suena muy parecido a un material que yo tengo aquí». Me lo sacan, y lo estuve revisando:



maravilloso, porque no teníamos entonces la ventaja de internet, y las citas que uno conseguía eran muy pocas. En este material había bastantes citas de los pioneros presentando la posición de la verdadera Deidad. Les pregunté cómo lo consiguieron, y me cuentan que en el congreso había hermanos a la entrada repartiendo el folleto gratuitamente. En 1995, entonces, se toma el testigo.

Y otro hermano —esto creo que sí lo conocen— comienza a predicar en contra del mensaje de la Trinidad en Estados Unidos. El ministerio se llama… están todavía vivos, según entiendo, todavía predicando, y según la información están desde 1997 predicando este mensaje. Y nosotros también nos hemos unido a este mensaje desde 2001, y hemos estado predicándolo.



¿Qué representa toda esta historia? La historia de dos grupos adventistas: unos que se iban escuchando el llamado de arrepentirse de las apostasías y volver al mensaje original, y otros que más bien han profundizado en la apostasía. A unos les decimos adventistas de las sendas antiguas, de los originales; y a los otros, adventistas nominales.

6) La cena y la lluvia tardía

Ya para finalizar, la etapa presente, en la que continúa el llamado del versículo 20. Como ya hemos visto, este llamado no es a la iglesia en apostasía, sino al pueblo adventista que sostiene el mensaje original. ¿Por qué? Porque están tibios: tienen la verdad, las doctrinas originales verdaderas, pero todavía les falta experimentar la fe de Jesús, comprar el oro, las vestiduras y el colirio, y abrir las puertas de su corazón y de la iglesia. Este mensaje se aplica individualmente, pero también es un mensaje a la iglesia de Laodicea.

¿Qué significa, y a qué apunta en la historia profética, eso de «entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo»? Apunta a la lluvia tardía. El apóstol Pedro lo presenta en Hechos de los Apóstoles, al final del discurso después de la sanidad del paralítico: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; pues que vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor, y enviará a Jesucristo, que os fue antes anunciado» (Hechos 3:19-20).

Arrepentíos y convertíos —que, por cierto, es también el mensaje de Laodicea—. Luego, que sean borrados vuestros pecados: el borramiento de pecados es el juicio investigador. Y luego vendrán los tiempos de refrigerio de la presencia del Señor. El texto dice literalmente «de la presencia», no de la ausencia. Y después: «y enviará a Jesucristo, que os fue antes anunciado». Esa presencia no es la segunda venida: va entre el borramiento de los pecados, o paralelo a él, y antes de la venida. No es una presencia física: es la presencia de Cristo en su Espíritu Santo. Y en el contexto profético, ¿qué es? La lluvia tardía.

¿Qué implica, entonces, la cena? «Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo»: vamos a estar en una intimidad. Esa es la presencia del Señor, la lluvia tardía, que Pedro presenta proféticamente: arrepentimiento, borramiento de pecado, la presencia del Señor y luego la segunda venida. Todo está en los versículos 19 y 20. Cuando Jesús le dice a Laodicea que entrará y cenará con él, está diciendo: te daré la lluvia tardía, te daré mi Espíritu, tendrás mi presencia, estaremos juntos en intimidad.

De hecho, Elena G. de White, cuando explica Juan 14 —cuando Jesús dice que tiene que irse y les dará su sucesor, el Consolador, el Espíritu—, escribe: «El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero despojado de la personalidad de la humanidad, e independiente de ella. Estorbado por la humanidad, Cristo no podía estar personalmente en todo lugar. Por tanto, convenía a ellos que él fuese al Padre y enviase el Espíritu para que fuese su sucesor en la tierra. Nadie tendría entonces ventaja por su ubicación o por su contacto personal con Cristo. Por el Espíritu, el Salvador sería accesible a todos. En este sentido, estaría más cerca de ellos que si no hubiera ascendido a lo alto» (The Desire of Ages, p. 669). Claro, porque es lo que dice Pablo: «Y aun si a Cristo conocimos según la carne, empero ahora ya no le conocemos» (2 Corintios 5:16). Lo importante es conocer a Cristo en el Espíritu, en comunión.

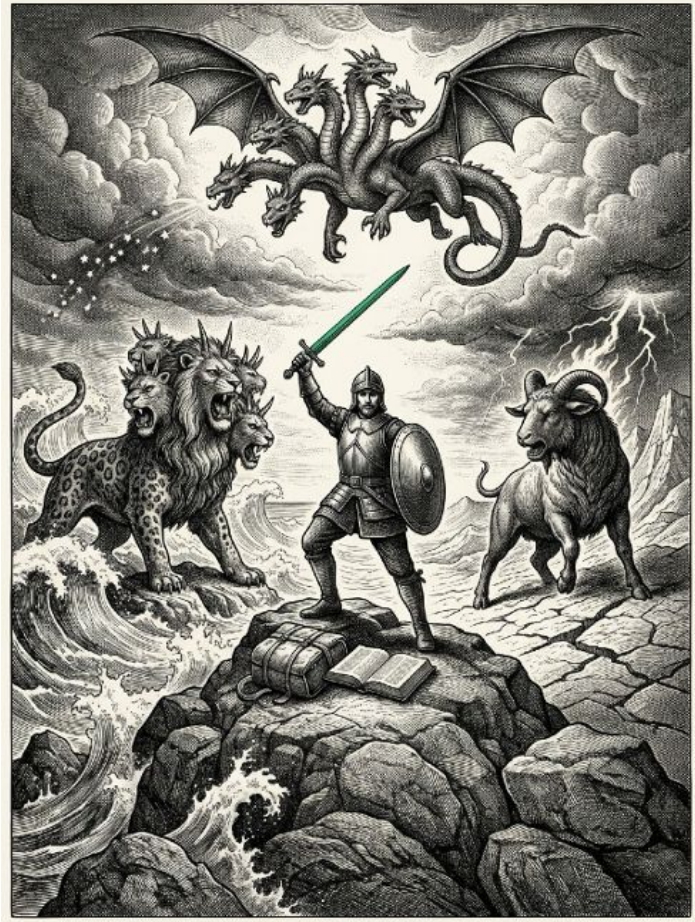
7) La victoria

Finalmente, el versículo 21 habla de la victoria: «Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apocalipsis 3:21). Después de la presencia de la lluvia tardía, de la lluvia de su Espíritu, viene el llamado a la victoria.



¿Qué hay que vencer? Haciendo una recopilación de lo que hemos venido hablando: vencer la apostasía alfa y la omega. Vencer implica restaurar la fe adventista original. Vencer implica organizarse con la fe original y en el orden evangélico: salir del orden falso. Vencer implica recibir, individualmente y como congregación, el mensaje de 1888: es decir, comprar el oro, las vestiduras y el colirio. Vencer implica cenar, que sería recibir la lluvia tardía. Vencer implica dar el fuerte pregón de Apocalipsis 18, mientras el mundo impone una ley dominical, una ley o un decreto de muerte. Todo eso es lo que tenemos que vencer para que se cumpla en nosotros la promesa de sentarnos con él en su trono.

Este versículo te está diciendo: sigan mi ejemplo. Así como yo he vencido, ustedes tienen que vencer. ¿Qué venció Jesús? ¿Venció su carne? Sí. Venció la incomprensión de sus discípulos, de sus hermanos según la carne. Venció la oposición de los judíos nominales. Y tuvo que vencer también la oposición de Roma, porque quienes lo crucificaron lo llevaron a juicio ante Herodes y ante Pilato. Y él venció todo eso. Y él dice que el que venza, como él ha vencido, se sentará con él en su trono, así como él se ha sentado con su Padre en su trono.



Conclusión

Todas estas son verdades para nosotros, especialmente para nosotros, porque la iglesia de la que hablamos somos nosotros. Que el Señor nos ayude a comprender todas estas cosas. Sé que es bastante material, sé que a veces es muy denso, pero tengo la esperanza de que, como buenos bereanos, todos luego vamos a estudiar con calma estas cosas, y vamos a ver si son o no son así.

Citas de la Biblia y Espíritu de Profecía

LA MUERTE DIVINO HUMANA DE JESÚS

Por: John García

El estudio de la tarde de hoy es la muerte divino-humana de Jesús. Vamos a comenzar hablando de cómo puede el hombre pagar su deuda: una deuda que está más allá de su capacidad. Para entrar en la ciudad de Dios necesitamos estar libres de todo pecado. En nuestra condición natural no podemos alcanzar ese estado, porque estamos imposibilitados por el nacimiento, por el pasado, por nuestra naturaleza presente y también por la deuda que tenemos para con Dios. Entonces, ¿cómo podemos pagar esa deuda?

La justicia de Dios contra el pecado

El primer versículo nos dice contra qué se manifiesta la justicia de Dios, y de dónde nos proviene esa deuda. Romanos 1:18 nos dice: «Porque manifiesta es la ira de Dios del cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen la verdad con injusticia». La ira de Dios es contra el pecado, nada más y nada menos.

Para entender qué es pecado, qué es injusticia, la Escritura es clara. Toda maldad es pecado. «Cualquiera que hace pecado, traspasa también la ley; pues el pecado es transgresión de la ley» (1 Juan 3:4). Pecado es transgresión de la ley. Toda injusticia, toda maldad es pecado. Entonces, injusticia es igual a transgresión de la ley.

Y la justicia de Dios contra el pecado: Éxodo 34:7 nos dice que «de ningún modo justificará al malvado», de ningún modo. Y que cada uno, dice Romanos 2:6, «pagará a cada uno conforme a sus obras». Eso está escrito. Dios no miente, Dios no se equivoca, Dios no dice algo de lo que después se va a arrepentir. En la justicia de Dios, al malvado no lo va a tener por inocente. Y el que es malvado le pagará conforme a sus obras. Éxodo 34:7; Romanos 2:6. Esa es la justicia de Dios contra toda impiedad, contra toda transgresión de la ley.

¿Cómo va a ser pagada esa injusticia? ¿Cómo es eso de que conforme a sus obras? Romanos 2:8-9 dice: «Mas a los que son contenciosos, y no obedecen a la verdad, antes obedecen a la injusticia, enojo e ira; tribulación y angustia sobre toda persona humana que obra lo malo, el judío primeramente, y también el griego». Ese es el castigo: enojo e ira de Dios, tribulación y angustia.

Y la recompensa final, dice Romanos 6:23, es la muerte: «Porque la paga del pecado es muerte: mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús

Señor nuestro». No solo va a haber enojo, ira, tribulación y angustia, sino que, en la parte final de ese castigo, va a ser la muerte. La paga del pecado es la muerte. La dádiva, el regalo, es vida eterna.

Y en la ejecución de eso, la profecía de Apocalipsis 20 nos dice cómo se cumple este versículo, que la paga del pecado será la muerte: «Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante de Dios; y los libros fueron abiertos: y otro libro fue abierto, el cual es de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras» (Apocalipsis 20:12). Hay un juicio. Juicio por sus obras. Y «el que no fue hallado escrito en el libro de la vida, fue lanzado en el lago de fuego» (Apocalipsis 20:15).

Aquí estamos viendo la recompensa final, el castigo final, que es la muerte. ¿Y cuál es la muerte? El lago de fuego y azufre. No tormento: destrucción. ¿Hay ahora mismo un infierno, un lago de fuego? No. Aquí dice que es al final de los mil años, cuando ya haya terminado el juicio y se comprueben las obras: entonces serán lanzados en el lago de fuego, no para ser atormentados, no, señor: para ser destruidos conforme a sus obras.

La paga del pecado es la muerte segunda

En El conflicto de los siglos, página 532, se nos explica más este tema de la paga del pecado, que es la muerte: «Mientras que la vida es la herencia de los justos, la muerte es la porción de los impíos. Moisés declaró a Israel: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal” [Deuteronomio 30:15]. La muerte a la que se hace referencia en estas Escrituras no es la pronunciada sobre Adán, pues toda la humanidad sufre la pena de su transgresión. Es “la muerte segunda” la que se coloca en contraste con la vida eterna» (El conflicto de los siglos, p. 532).

Dios pone los dos caminos: tú escoge, la vida o la muerte, el bien o el mal. La muerte de la cual se habla en este pasaje no es aquella a la que fue condenado Adán, a la que todos morimos. Cuando se nos acaba la vida —a los 70, 80, 90 años, o por un accidente— esa muerte no es la paga del pecado. Toda la humanidad sufre esa penalidad, esa consecuencia de su transgresión, ya sea que creas o no creas. Esa muerte no es la paga, porque de esa Jesús nos liberó: es la que el creyente no va a sufrir. ¿Cuál es, entonces, la muerte que es la paga del pecado? La muerte segunda, la que está en contraste contra la vida eterna. Esa es la que se menciona en ese pasaje.



Otra cita: Mensajes selectos, tomo 1, página 350. «El pecador no es inmortal; porque Dios ha dicho: “El alma que pecare, esa morirá” [Ezequiel 18:4]. Esto quiere decir todo lo que expresa. Va más allá de la muerte que es común a todos; significa la muerte segunda» (Mensajes selectos, t. 1, p. 350). El alma que pecare, esa morirá, no es la muerte común, no es la muerte de consecuencia: es la muerte segunda.

La vida de un ángel no puede pagar la deuda

Ahora, si esa es la paga, si esa es la deuda que tenemos por nuestro pecado, si debemos pagar con la muerte, la pregunta sería: ¿puede pagar esa deuda? ¿Un ángel puede pagar por nosotros? ¿Será que un ángel puede pagar por nuestro pecado, por nuestra deuda?

Los ángeles estaban muy interesados en la salvación del hombre. «Tan interesados estaban los ángeles por la salvación del hombre, que podía hallarse entre ellos a quienes hubieran cedido su gloria y dado su vida por el hombre que perecía. “Pero”, dijo mi ángel acompañante, “de nada valdría. La transgresión era tan grande que la vida de un ángel no pagaría la deuda. Nada sino la muerte y las intercesiones de su Hijo pagarían la deuda y salvarían al hombre perdido de una tristeza y una miseria sin esperanza”» (Early Writings, p. 151). Atención con esto: la vida de un ángel no puede pagar la deuda. Porque un ángel es un ser creado, como nosotros. Y la ofensa que se hizo fue contra la ley de Dios, que es más santa que los ángeles. Debe ser una vida que sea tan valiosa, o más valiosa, que la ley de Dios.

¿Qué se le dijo a Adán? Se le informó que la vida de un ángel no podía pagar la deuda. «Se les dijo que, puesto que la ley de Jehová es el fundamento de su gobierno en el cielo lo mismo que en la tierra, ni siquiera la vida de un ángel podía aceptarse como sacrificio por su transgresión» (Patriarchs and Prophets, p. 66). Es tan sagrada como Dios mismo. Por esa razón el Señor no podía aceptar la vida de un ángel como sacrificio por su transgresión. Su ley es de más importancia a su vista que los santos ángeles que rodean su trono. La ley es el fundamento del gobierno de Dios, y la vida de todas las criaturas depende de ella. Por eso es más valiosa que la vida de un ángel: porque sostiene la vida de todos los seres vivientes de todo el universo.

Los ángeles no sabían esto, y por eso se postraron de hinojos. Se arrodillaron ante Dios y se ofrecieron ellos mismos como sacrificio por el hombre. Todo esto sucede cuando Adán peca. Ya se le había dicho: puedes comer del árbol de la vida y de todo árbol; del árbol prohibido no puedes comer. «Mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comerás de él; porque el día que de él comieres, morirás» (Génesis 2:17). Y esa muerte era la muerte segunda, la muerte eterna. Entonces, cuando Adán transgrede y peca, estaba la angustia: van a tener que morir. Los ángeles, en su amor, se estaban ofreciendo. «Los ángeles se postraron delante de él. Ofrecieron sus vidas. Jesús les dijo que con su muerte salvaría a muchos; que la vida de un ángel no podía pagar la deuda. Solo

su vida podía ser aceptada por su Padre como rescate por el hombre» (Early Writings, p. 150). Eso es tremendo. Ni siquiera era suficiente la vida de un ángel.

Tampoco puede pagarla un hombre, ni santo ni pecaminoso

Entonces surge la otra pregunta. Un ángel no puede pagar. ¿Y será que Adán, o sea, un ser humano santo, podría pagar por la muerte de Adán y de Eva?

Dios hizo al hombre perfecto y recto. «El hombre no podía expiar al hombre. Su condición pecaminosa y caída lo constituiría en una ofrenda imperfecta, un sacrificio expiatorio de menos valor que Adán antes de su caída. Dios hizo al hombre perfecto y recto, y después de su transgresión no podía haber un sacrificio aceptable a Dios en su favor, a menos que la ofrenda hecha fuese, en valor, superior al hombre tal como era en su estado de perfección e inocencia» (The Spirit of Prophecy, t. 2, pp. 9-10).

Un hombre no podía pagar por otro hombre porque ese hombre ya tenía pecado. Pero es que ni siquiera Adán, antes de haber pecado, hubiera podido con su vida pagar por el pecado. Tenía que ser de más valor, porque la muerte de un hombre vale por un hombre. Y cuando Adán peca, toda la humanidad —que estábamos nosotros allí en Adán— también sufrimos las consecuencias. El hombre pecaminoso, con carne de pecado, no podía dar una ofrenda perfecta. Ni una vida humana ni una carne humana podían pagar la deuda. Ni menos una carne humana con pecado. Tampoco la vida de un ángel. La ofrenda no podía ser un ser humano o una naturaleza humana, ni siquiera un ángel. Tenía que ser una vida que tuviese más valor que la ley de Dios.

Dios dio a su Hijo unigénito

Y si ahora hablamos de Jesús: cuando vino a pagar la deuda del hombre, habían pasado 4.000 años de pecado. Y la Biblia es muy clara: Jesucristo vino con carne de pecado. Romanos 8:3 lo dice: «Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado». Jesús no fue enviado con carne santa. Jesús no tenía ni siquiera la naturaleza de Adán antes de pecar. Ni siquiera la naturaleza de Adán recién después de pecar. Tenía la naturaleza de Adán 4.000 años después de pecar. 4.000 años de acumulación de pecado. Esa es la naturaleza humana



de Cristo. Entonces, con esa humanidad Cristo no podía pagar la deuda. No podía.

¿Qué tenemos que entender? Lo que dice la Escritura. Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». No dio un ángel, no dio un ser humano santo ni tampoco pecaminoso. Dio a su Hijo. El texto es muy claro. ¿A quién dio Dios al mundo? A su Hijo unigénito.

Sacerdote y ofrenda

Hay que entender también este punto: Jesús vino con el propósito de cubrir los dos oficios. Vino para hacer la ofrenda, el pago, pero también vino para prepararse para ser sacerdote, porque él tenía también que ministrar. Y esto lo dice Hebreos 5:1-3: «Porque todo pontífice, tomado de entre los hombres, es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios toca, para que ofrezca presentes y sacrificios por los pecados: que se pueda compadecer de los ignorantes y extraviados, pues que él también está rodeado de flaqueza; y por causa de ella debe, como por sí mismo, así también por el pueblo, ofrecer por los pecados». Se necesitan dos cosas: ser sacerdote y tener una ofrenda. Para ministrar como sacerdote de nosotros ante su Padre, tenía él primero que ser sacerdote, y segundo tener algo que ofrecer. Por eso es que él se constituye en las dos cosas.

Para ser sacerdote, él toma nuestra naturaleza. «Porque convenía que aquel por cuya causa son todas las cosas, y por el cual todas las cosas subsisten, habiendo de llevar a la gloria a muchos hijos, hiciese consumado por aflicciones al autor de la salud de ellos» (Hebreos 2:10). Jesús tenía que ser perfeccionado por aflicciones. ¿Pero Jesús no era perfecto? Sí era perfecto, pero era perfecto como Dios, como Hijo de Dios. Cuando se hace hombre, ahora tenía que ser perfecto como hombre también, para ser sacerdote. «Por lo cual, debía ser en todo semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo» (Hebreos 2:17). Para poder compadecerse y comprender a su pueblo, él debía ser de nuestra naturaleza.

Y debía ser llamado por Dios para ser sacerdote. Hebreos 5 dice: «Ni nadie toma para sí la honra, sino el que es llamado de Dios, como Aarón. Así también Cristo no se glorificó a sí mismo haciéndose pontífice, mas el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec» (Hebreos 5:4-6). El Padre lo escoge para ser sacerdote. Así como Aarón fue llamado para el sacerdocio —Aarón no se ofreció, sino que fue llamado—, así también Jesús no se ofreció para ser sacerdote, sino que el Padre lo estableció. «Y consumado, vino a ser causa de eterna salud a todos los que le obedecen; nombrado de Dios pontífice según el orden de Melquisedec» (Hebreos 5:9-10). Eso era para ser sacerdote: tenía que tener naturaleza humana y tenía que ser llamado. Ya Jesús lo cumplió. Pero, además, para ejercer el sacerdocio tenía que tener algo que ofrecer.

Ahora, mientras Jesús estaba en la tierra, dice Hebreos 8:4, él no podía fungir como sacerdote, porque él no era de la tribu del sacerdocio terrenal: «Así que, si estuviese sobre la tierra, ni aun sería sacerdote, habiendo aún los sacerdotes que ofrecen los presentes según la ley». Jesús vino a ser un sacerdocio no terrenal, sino celestial. El sacerdocio terrenal se correspondía con ser de la tribu de Leví. Jesús no: era de la tribu de Judá. Entonces él no podía ser sacerdote en un sacerdocio terrenal. Pero sí fue llamado a ser sacerdote en el sacerdocio celestial, el de Melquisedec, que no tiene que ver con tribus, sino con una condición de vida. De eso fue que Jesús fue escogido y nombrado.

Y como él tenía algo que ofrecer, entonces él tuvo que entregarse, entregar la ofrenda, la paga. Pero ya vimos que la paga no podía ser un ser humano pecaminoso ni un hombre santo, ni una naturaleza humana, ni tampoco un ángel. Entonces Dios envió a su Hijo para prepararse para ser sacerdote y también para ser la víctima, para ser la ofrenda. Jesús se entregó su vida como víctima sustituta, y luego, con su propia sangre, presentarse como sacerdote del orden de Melquisedec ante su Padre e interceder por nosotros en el sacerdocio celestial.

El intercambio: hecho pecado por nosotros

Ya hemos visto el aspecto de Jesús como sacerdote, con todas las condiciones que necesitaba tener para ser sacerdote nuestro: nuestra naturaleza pecaminosa, para entendernos; el haber sido llamado de Dios. Ahora, tener algo que ofrecer. ¿Qué ofreció él? Su propia vida. Pero él tenía que, en su vida, recibir ese pecado para poder ser castigado. Eso es lo que dice Romanos 8:3, que lo estábamos mencionando: «Porque lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, mas conforme al espíritu» (Romanos 8:3-4). Él hizo un intercambio. Él tomó nuestro lugar para pagar nuestra deuda, para que entonces tengamos el derecho de ocupar su lugar: su lugar en justicia, su lugar en vida eterna.

De hecho, Gálatas 3:13 lo dice: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición». Él tomó nuestra maldición: la que me tocaba a mí y a ti. La maldición que ya vimos al principio: tribulación, angustia, enojo e ira, y luego la muerte, la destrucción, la muerte segunda. Toda esa maldición era lo que Jesús tuvo que tomar para darnos una salvación, para no quebrantar la justicia, porque la justicia exige el castigo. Dios no es injusto. Dios no es como los seres humanos que quieren olvidarse de las cosas malas: al juez lo corrompes, dejas un dinero y ya no pagas. Pero Jesús no es un juez injusto. Todos teníamos que pagar. Jesús dijo: para que no haya injusticia y haya salvación, yo pago su deuda. Yo doy su vida. Primero tenía que recibir mi deuda para luego pagarla. ¿Cómo la recibió? Recibió mi pecado, recibió mi maldición. Luego muere.

«Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21). Ahí está el intercambio: él tomó nuestro pecado para nosotros poder tomar su justicia.

¿Cómo podemos traducir esto? Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros. Mira cómo lo parafraseamos: al que no conoció la idolatría, la blasfemia, el hurto, el falso testimonio, la codicia, por nosotros, por mí y por ti, Dios hizo a Jesús idólatra, blasfemo, patricida, matricida, asesino, adúltero, ladrón, mentiroso y codicioso. Dios lo hizo pecado, Dios lo hizo todos esos pecados. Para que tú y yo, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios: para que fuésemos hechos adoradores de Dios, honradores del nombre de Dios, para que podamos honrar a nuestros padres, para que podamos ser fieles en el hogar, para no robar, para no dar falso testimonio y no codiciar; para ser hechos justicia de Dios en él. Ese es el intercambio. Él fue hecho nosotros para nosotros ser hechos él. Y esa es la justificación por la fe.

La pregunta que tenemos que hacer es: ¿realmente eso ha ocurrido, está ocurriendo, en mi vida? Ser justificados es que yo soy hecho Jesús. Ya Jesús tomó nuestro pecado, recibió mi pecado y fue muerto en el madero: él recibió la paga. Ahora, ¿estamos nosotros tomando el lugar de Cristo en justicia? Eso es lo que tenemos que preguntar cada uno.

Las profecías: Isaías y Zacarías

Explorando y profundizando más este tema de qué fue lo que Jesús llevó y sufrió por nosotros, tenemos Isaías 53:4: «Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido». Eso fue lo que Jesús llevó por nosotros: nuestras enfermedades, nuestros dolores. Por eso es que Mateo dice, en Mateo 8, que cuando Jesús sanaba, sanaba en virtud de que él mismo llevó nuestras enfermedades: «El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias» (Mateo 8:17). Un intercambio. Él recibía nuestra enfermedad para nosotros recibir su salud, su justicia.

«Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5). El azote, el castigo y la llaga que merecía mi pecado los recibió él. Dios envió a su Hijo amado para salvarnos. Ese es el intercambio maravilloso.

Hay muchas profecías. Zacarías, por ejemplo, 13:7, lo dice —porque a veces la gente piensa: ¿cómo es posible?, y piensa que Dios no hizo esto—. Esta profecía dice así: «Levántate, oh espada, sobre el pastor, y sobre el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hiere al pastor, y se derramarán las ovejas: mas tornaré mi mano sobre los chiquitos» (Zacarías 13:7). Es una orden que da Dios el Padre a la espada. Es Jehová quien está hablando: da la orden a la espada para que hiera a su compañero. ¿Quién es el compañero del Padre? El Hijo, el único colaborador. Esta es la orden que le da Dios de castigo a Jesucristo.

Volvemos a Isaías 53: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino: mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53:6). Énfasis en esta parte: Jehová cargó en él, en Cristo, en su compañero, el pecado de todos nosotros: el tuyo y el mío. Es una carga pesada, y se la coloca sobre Cristo. Nosotros no deberíamos seguir cargando con nuestro dolor, con nuestras angustias, con nuestros pecados. Porque Jesús la cargó, justamente para que no tengamos que cargarla. Eso es tremendo. Esta es la salvación, este es el evangelio. Él tomó nuestra culpa; su Padre lo dio por nuestra culpa.

Getsemaní y la cruz

Por eso él mismo, en Mateo 26:38, dijo: «Mi alma está muy triste hasta la muerte». Ya cuando dijo eso estaba sintiendo este castigo, esta ira de su Padre por el pecado. Y Mateo 26:39: «Y yéndose un poco más adelante, se postró sobre su rostro, orando, y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este vaso; empero no como yo quiero, sino como tú». Aquí Jesús toma la figura de una copa, de un vaso lleno de la ira de Dios. ¿Cuál es la copa? La ira, lo que leímos en Romanos: tribulación y angustia, enojo e ira. Jesús está tomando ese castigo, esa ira, ese vaso.

Pero, ¿por qué, si Jesús no hizo nada malo, no pecó jamás? Porque está sufriendo por nosotros. Él le dijo a su Padre: Padre, la ira y el castigo que les ibas a dar a ellos, dámelo a mí. Yo ocupo su lugar, yo pago su deuda. Sin embargo, en su humanidad él no quiere vivirlo, no quiere pasar por esta penuria, por este castigo. Por eso le dice: Padre, si es posible, pase de mí esta copa; pero que no sea como yo quiero, sino como es tu voluntad. Porque la voluntad también es del Padre: Dios dio a su Hijo. El Padre no quería destruirnos; por eso envió a su Hijo, porque él quiere que nos salvemos. Y como esa era su voluntad, el Hijo tenía que sufrir. Si es por mí, yo no quisiera sufrir esto; pero no se haga mi voluntad, que se haga la tuya. Tu voluntad es la salvación de los humanos, la salvación de las criaturas, y por eso me has enviado a mí. Entonces, él lo acepta.

Él va entonces a la cruz, y en la cruz, dice Mateo 27:46: «Y cerca de la hora de nona, Jesús exclamó con grande voz, diciendo: Eli, Eli, ¿lama sabachtani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Cerca de la hora de nona, es decir, las tres de la tarde. ¿Por qué? Porque otra parte de ese castigo era la separación del Padre con el Hijo. Nunca había ocurrido esto; nunca se habían separado. Desde los días de la eternidad habían estado en unidad completa. Entonces, en este momento de la historia en que Jesús tiene el pecado de todo el mundo, no puede haber comunión entre el Padre y el Hijo por el pecado. El pecado lo separa. Entonces, Jesús siente esa separación y se angustia, porque nunca se había separado de su Padre, y por eso clama: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Esa es la tremenda angustia que vivió Jesucristo por nosotros.

Es lo que dice también Hebreos 2:9: que Jesucristo «gustase la muerte por todos»: probó la muerte. Noten esto,

porque hay interpretaciones que nos quieren hacer creer que Jesús no murió. Pero vez tras vez nos dice que Jesús gustó la muerte. Segunda de Corintios 5: «Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: Que si uno murió por todos, luego todos son muertos; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Corintios 5:14-15). En los textos bíblicos es muy claro, en forma muy explícita, que Jesús murió. No que una parte de Jesús murió: Jesús murió. Jesús era divino-humano, y cuando dice que Jesús murió, murió todo: murió su divinidad y su humanidad. No es que murió una parte, porque si Jesús murió una parte, entonces no murió. Es como si yo dijera: si se muere mi mano, que es una parte de mí, es suficiente. No: si mi mano muere, yo no he muerto. Para morir, yo tengo que morir todo, no por partes.

Isaías 53:10 dice que Jesús expió el pecado. ¿Con qué? «Con todo eso Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando hubiere puesto su vida en expiación por el pecado». Su vida en expiación por el pecado. Entonces Jesús expió el pecado con su vida. Con su vida, no con su muerte. O sea: su vida ofrecida en muerte por nosotros es lo que nos da vida eterna. Es lo mismo que dice Juan 10:18: «Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre». ¿A qué vida se refería aquí? Está diciendo que es la vida que él puede poner y quitar, y que es algo que él recibe de su Padre. Esa es la vida divina.

El castigo sobre su alma divina

Dio su propia vida por nosotros. Tomó sobre su alma divina —noten esta cita, Mensajes selectos, tomo 3, página 144—: «Dio su propia vida por nosotros. Tomó sobre su alma divina el resultado de la transgresión de la ley de Dios» (Mensajes selectos, t. 3, p. 144). ¿Dónde fue el castigo? En su alma divina. Los ángeles, repetimos la cita: la vida de un ángel no puede pagar la deuda. Solo su vida, la de Jesús. Cuando los ángeles se ofrecen, Jesús les dice que no pueden pagar, pero también que con su muerte salvaría a muchos; que solo su vida podía aceptar el Padre por rescate del hombre. La única vida superior a un humano y a un ángel, y digna de pagar la transgresión de la ley, es la vida del Hijo de Dios, la vida divina, el alma divina. Por eso el castigo es sobre su alma divina; por eso él pone su vida divina para pagar la deuda.

«El divino Hijo de Dios era el único sacrificio de suficiente valor como para satisfacer plenamente las demandas de la perfecta ley de Dios. Los ángeles eran sin pecado, pero de menor valor que la ley de Dios. Estaban sujetos a la ley. Eran mensajeros destinados a hacer la voluntad de Cristo, y a inclinarse ante él. Eran seres creados, y estaban en período de prueba. Sobre Cristo no se puso requisito alguno. Tenía poder para poner su vida y para volverla a tomar. No se le impuso obligación alguna de emprender la obra de la expiación. Fue un sacrificio voluntario el que hizo. Y su vida era de suficiente valor para rescatar al hombre de su condición caída» (The Spirit of Prophecy, t. 2, p. 10). No hay otra cosa con la que se

podía pagar sino con la vida divina de Jesús. Él depuso su vida; la que depuso en la humanidad la vuelve a tomar. Esa vida es la vida inmortal.

Lo dice El Deseado de todas las gentes, página 730: «La vida que él depuso en la humanidad, la vuelve a tomar. […] "Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar". […] Mientras que, como miembro de la familia humana, era mortal, como Dios era la fuente de vida para el mundo. Él hubiera podido resistir el avance de la muerte, y rehusar ponerse bajo su dominio; pero voluntariamente depuso su vida, a fin de sacar a luz la vida y la inmortalidad. Llevó el pecado del mundo, soportó su maldición, entregó su vida en sacrificio, para que el hombre no muriese eternamente» (El Deseado de todas las gentes, p. 730). Ahí está la dualidad de Cristo. Por su vida humana era mortal, pero su vida divina era una fuente de vida. ¿Dónde estaba la mortalidad de Cristo? En su naturaleza humana. De allí viene la mortalidad, y la muerte avanza: ¿hacia dónde? Hacia la vida divina. Él hubiera podido resistir el avance de la muerte y rehusar ponerse bajo su dominio, pero voluntariamente puso su vida: dejó que la muerte humana tocase el alma divina.

Otra cita parecida lo explica con más claridad: «Como miembro de la familia humana, Jesús era mortal; pero como Dios, era la Fuente de vida para el mundo. En su persona divina habría podido resistir los avances de la muerte, y rehusar ponerse bajo su dominio. […] Pero voluntariamente depuso su vida para dar vida, y sacar a luz la inmortalidad. Debía llevar los pecados del mundo, y soportar la pena que se acumuló como una montaña sobre su alma divina» (Manuscript Releases, t. 17, p. 339). Aquí se especifica con más claridad que la muerte avanzó hacia su persona divina, que habría podido resistirse. El castigo y los pecados se acumularon sobre su alma divina: viene de la humanidad y carga la divinidad. No murió porque estuviese obligado a morir, sino por su propio libre albedrío: él permitió que la muerte alcanzara su divinidad, su persona divina, su alma divina. Y así fue que murió voluntariamente.

Entonces, él pagó nuestra culpa como Dios-hombre. En el cuerpo crucificado en la cruz no claudicó de su divinidad; no fue que la divinidad se fue. No, señor. Estuvo allí unida, y como estaba unida con la naturaleza humana, por eso es que murió. Al morir en la cruz, dice esta otra cita: «Al morir en la cruz, transfirió la culpa de la persona del transgresor a la del divino Sustituto, mediante la fe en él como su Redentor personal. Los pecados de un mundo culpable, que en figura se presentan como "rojos como el carmesí", fueron imputados al divino fiador» (Manuscript 84a, 1897). Miren: la persona del transgresor, que somos nosotros, que es la humanidad de Cristo, a la del divino sustituto. ¿Quién fue el que tomó el lugar? No fue la humanidad de Cristo; fue la divinidad de Cristo. Es la que tomó el lugar.

Otra cita: «Pero el dolor corporal fue tan solo una pequeña parte de la agonía que sufrió el amado Hijo de Dios. Los pecados del mundo pesaban sobre él, así como la sensación de la

ira de su Padre, mientras sufría la penalidad de la ley transgredida. Fue esto lo que abrumó su alma divina» (Joyas de los Testimonios, t. 1, p. 231). Atención: abrumó su alma divina. Otra vez el énfasis es en la divinidad.

La justicia exigía los sufrimientos de un hombre, pero Cristo, igual a Dios, ofreció los sufrimientos de un Dios. Él mismo no necesitaba expiación. «La justicia demandaba los sufrimientos de un hombre. Cristo, igual a Dios, dio los sufrimientos de un Dios. Él no necesitaba expiación. Su sufrimiento no fue por ningún pecado que él hubiera cometido; fue por el hombre —todo por el hombre» (The Review and Herald, 21 de septiembre de 1886). Ofreció los sufrimientos de un Dios, no los de un hombre. «Los hombres necesitan comprender que la Deidad sufrió y se hundió bajo las agonías del Calvario. Sin embargo, Jesucristo, a quien Dios dio por el rescate del mundo, compró la iglesia con su propia sangre» (A fin de conocerle, p. 70). Atención: la Deidad sufrió y se hundió en las agonías del Calvario.

Otra cita, Mensajes selectos, tomo 1: «Aunque aborrecía el pecado con perfecto odio, acumuló sobre su alma los pecados de todo el mundo. Inocente, llevó el castigo de los culpables. Inocente, sin embargo, se ofreció como sustituto del transgresor. La culpabilidad de cada pecado hizo sentir su peso sobre el alma divina del Redentor del mundo» (Selected Messages, t. 1, p. 322). Piensen: tenemos rato leyendo citas donde se enfatiza que el castigo fue sobre el alma divina, el pago, la muerte. El pago de la muerte fue sobre su alma divina.

La tentación de Pedro

Esta cita sí es nueva, sí es única. El Espíritu de Profecía, tomo 3, página 231: «Cuando Jesús abrió ante sus discípulos el hecho de que debía ir a Jerusalén y sufrir y morir a manos de los sacerdotes y escribas, Pedro, presuntuosamente, contradijo a su Maestro, diciendo: “Señor, ten compasión de ti: en ninguna manera esto te acontezca” [Mateo 16:22]. No podía concebir que fuese posible que el Hijo de Dios fuese llevado a la muerte. Satanás sugirió a su mente que, si Jesús era el Hijo de Dios, no podía morir» (The Spirit of Prophecy, t. 3, p. 231). Aquí viene la tentación. Satanás sugirió a la mente de Pedro que, si Jesús era el Hijo de Dios, él no podía morir. Que es lo que mucha gente piensa: ah, no, el Hijo de Dios no puede morir. Es el mismo engaño que el diablo colocó en la mente de Pedro. Y sigue trabajando el diablo con esa doctrina en la mente de los discípulos de Cristo.

«No me toques»: el espíritu de Jesús durmió en la tumba

La cita final de la palabra de hoy. Jesús le dijo a María: «No me toques: porque aún no he subido a mi Padre» (Juan 20:17). Eso fue cuando resucitó. Cuando él murió en la cruz, el alma de Cristo no fue inmediatamente al cielo, como muchos creen. De otra manera, ¿cómo podían ser ciertas sus palabras: «Aún no he subido a mi Padre»? Si Jesús fue al cielo apenas murió, ¿cómo es que cuando resucita dice: aún no he subido a mi Padre? Cuando él murió no subió a su Padre,

porque él lo dijo: no he subido a mi Padre.

«Jesús dijo a María: “No me toques; porque aún no he subido a mi Padre”. Cuando cerró sus ojos en la muerte sobre la cruz, el alma de Cristo no fue inmediatamente al cielo, como muchos creen, pues de otro modo, ¿cómo podrían ser verdaderas sus palabras: “Aún no he subido a mi Padre”? El espíritu de Jesús durmió en la tumba con su cuerpo, y no se fue volando al cielo para mantener allí una existencia separada, y contemplar a los apesadumbrados discípulos que ungían el cuerpo del cual había volado. Todo lo que comprendía la vida y la inteligencia de Jesús permaneció con su cuerpo en el sepulcro; y cuando salió, lo hizo como un ser completo; no tuvo que llamar a su espíritu para que viniera del cielo. Tenía poder para poner su vida y para volverla a tomar» (The Spirit of Prophecy, t. 3, p. 203).

El espíritu de Jesús durmió: dormir es morir. Durmió en la tumba con su cuerpo. Está explicando que la mente, el espíritu, el alma de Jesús, no fue al cielo: estaba allí dormida, muerta, como el resto de su cuerpo. Jesús mismo lo dijo: no he subido a mi Padre. Y tampoco subió ese día cuando le prometió al ladrón: «De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43). Jesús no subió ese día al paraíso.

Conclusión

Todas estas citas, y todo el estudio que hemos hecho esta tarde, nos muestran claramente que Jesús murió. Por eso el título dice: la muerte divino-humana de Jesús. Porque no es una muerte humana. Jesús no era solamente humano; Jesús era divino-humano. Cuando Jesús fue tentado, fue una tentación divino-humana. Cuando Jesús venció, fue una victoria divino-humana. Y cuando Jesús murió, fue una victoria divino-humana. Porque Jesús estaba unido: unida su divinidad con la humanidad. Y de forma inseparable. Tanto en la vida como en la muerte y como en la resurrección. Cuando él resucita, resucita también con su divinidad y con su humanidad. Solo que la humanidad con la que resucita es la humanidad ya limpia de pecado, ya sin carne de pecado: es una carne sin pecado. ¿Por qué? Porque ya en este momento había cumplido el objetivo de pagar el pecado; ya no era necesario que tuviese carne de pecado. Entonces él resucita como vamos a resucitar nosotros, los que muramos en Cristo: cuando Jesús venga por segunda vez, la resurrección de los justos será a vida eterna, con cuerpo glorificado.

Que Dios nos bendiga, que Dios nos ayude a comprender todas estas cosas y a seguir estudiando, porque es necesario que podamos comprender cada día más este tipo de cosas.



¡NUEVO LIBRO!





LA HONRA DEBIDA A DIOS

Reflexiones sobre los diezmos y las ofrendas

Ellet J. Waggoner (1889) · Traducción de John Garcia

ESTA EDICIÓN INCLUYE:

- Traducción nueva y completa del texto de 1889
- Textos bíblicos de la Reina-Valera 1909
- Notas del traductor sobre la King James
- Notas y referencias bíblicas revisadas

YA EN AMAZON

Escanea el código y consíguelo

AntorchaProfetica.site